

Plutón y Caronte son dos planetas que orbitan el uno al otro en torno a un centro de masas formando un sistema binario. Siempre juntos, siempre girando, pero el destino les ha condenado a mirarse solo desde una perspectiva, como si temieran descubrir los misterios ocultos del otro. Caronte es la luna de Plutón, y este último no se cansa de mirar los ojos de su satélite.

A veces me pregunto si Plutón ha sentido la necesidad de que Caronte viera otras facetas de él, o si Caronte piensa que el planeta lo mira del mismo modo en que él lo observa.

I

Plutón siempre ha sido un planeta muy solitario, disfruta de su propia compañía. Cada día contempla el frío y oscuro espacio y escucha miles de relatos que navegan por el inmenso cosmos. Una de sus historias favoritas es la del Sol y la Luna y, aunque anhela y envidia el amor que se tienen, nunca ha podido vivir algo igual. Lleva tantos siglos estático en su órbita, observando el nacimiento y la muerte de las estrellas del firmamento, como para compararlo con el amor, que a sus ojos solo arde con pasión para luego extinguirse y desvanecerse en el olvido. Algo tan efímero como las amapolas, ya que sus pétalos tardan pocos días en marchitarse. Por eso mismo, Plutón teme enamorarse, está convencido de que no soportaría que algo fuese tan pasajero mientras que el dolor perduraría en el tiempo.

Caronte es más aventurero, inquieto y risueño, conoce a casi todo el mundo que hay en el espacio. Lo que más le caracteriza es su sonrisa, que permanece en su cara iluminando a cualquiera con el que se encuentre. Caronte no tiene una buena experiencia con el amor, ya que, cuando se entregó completamente a otro cuerpo celeste, este le abandonó y le dejó heridas tan profundas, que incluso la estrella más brillante del universo se hubiera apagado. Aun así, Caronte pide un deseo cada noche para curar sus heridas y poder darse a sí mismo una segunda oportunidad.

II

Phelan observaba a Plutón con su telescopio, planeta con el que se sentía demasiado identificado. Era un chico introvertido que tenía como mejores amigos a un cuaderno de partituras y a su piano. Nunca había sido ágil socializando, así que se refugiaba en las melodías y los pentagramas.

Era nuevo en aquel pueblo que siempre estaba iluminado por el sol, pero Phelan no conocía a nadie allí y parecía que la gente se concentraba en pequeños grupos cerrados, si antes ya era difícil para él, integrarse sería misión imposible. Las primeras semanas en el pueblo estaban siendo complicadas ya que se sentía muy solo y extrañaba su antigua casa en la que vivía con su familia, pero el trabajo bien remunerado que le habían ofrecido en ese lugar le impedía volver. Lo que no sabía es que esa situación acabaría pronto.

Cedric odiaba que las personas se sintieran excluidas, él había estado tantas veces en esa situación que no quería que nadie —siempre que estuviera en sus manos— se sintiera así. Cuando su nuevo tímido compañero de trabajo llegó a la tienda, supo que tenía que hacer lo que fuera necesario para que se sintiera incluido desde el primer día. Por lo poco que conocía del chico de ojos tristes, sabía que había estado demasiado tiempo luchando contra su sombra. Pero no esa soledad que disfrutas, que buscas, que quieres, sino la sensación de estar rodeado de personas e igualmente sentir que no perteneces a nada, que, si no estás, nadie nota ese vacío que deja tu ausencia.

Cedric pensaba que Phelan era un chico algo misterioso y enigmático, y eso le hacía tener más ganas de conocerlo en profundidad para poder resolver aquel puzle que tanto le llamaba la atención.

Cedric y Phelan intercambiaron alguna que otra palabra en las horas que compartieron en el trabajo mientras restauraban muebles. Las suficientes como para que el primero supiera que

detrás del chico de gafas y pelo negro había una profunda pasión por la música. Las suficientes como para que Phelan supiera que su compañero de pelo rizado y rasgos suaves sonreía siempre, aunque no le apeteciera hacerlo.

Encontraron diferencias en sus personalidades, pues eran muy distintos, pero eso no impidió que buscaran coincidencias a las que agarrarse. Cedric disfrutaba de la música y Phelan amaba crearla... Y así fueron descubriendo similitudes que les iban sorprendiendo y uniendo poco a poco.

III

Un día de los que Phelan sentía la irrefrenable necesidad de deshacer el nudo —que casi siempre tenía en la garganta— tocando su música, Cedric decidió acompañarle a casa sin saber que ese día iba a cambiar algo entre ellos. Algo que cambiaría su galaxia. Phelan, cansado de encerrarse en sí mismo, invitó a su compañero, ahora amigo, a pasar la tarde juntos.

La casa de Phelan olía a madera, a libros antiguos y a canela. Parecía que al poner un pie en aquel lugar los colores desaparecían. Todo era de tonos oscuros, incluso la ropa de Phelan daba la impresión de estar cubierta por una capa gris. Cedric pensó en lo triste que lucía esa casa, sobre todo porque sentía que era el reflejo de la persona que vivía ahí. Lo único que destacaba era un pequeño móvil de planetas translúcidos que reflejaban el único color presente en la sala gracias a los rayos de sol que lo traspasaban.

El pelinegro parecía algo nervioso y ansioso, no aguantaba más la urgencia de acariciar las teclas de su apreciado piano y Cedric lo notaba. Para sorpresa del chico de pelo rizado, las palabras que rompieron aquel silencio sepulcral salieron de su amigo.

—¿Te gustaría escuchar alguna de mis composiciones? —preguntó un tímido Phelan.

—Estaba esperando ansioso a que llegara este día —respondió Cedric con una sonrisa.

Cedric se situó cerca del piano de cola que Phelan tenía plantado en medio del salón reinando la oscura estancia, el músico se sentó a interpretar una de sus canciones, en concreto una que hablaba de dos planetas que no dejaban de mirarse. Cuando había tocado los primeros acordes, empezó a cantar con una voz capaz de llenar de colores esas paredes. Incluso Cedric pensó que esa era la razón por la que en la casa de Phelan escaseaba una pintura vibrante. Él no necesitaba colores, todos se encontraban en su interior.

El chico que disfrutaba de la música que estaba sonando en cada rincón de esa habitación, se sentó en un taburete, puso los brazos de la manera más cómoda para apoyar su cabeza en el piano y sentir la música desde más cerca. Envueltos de estrellas, planetas y notas musicales, se quedaron coexistiendo, sin la necesidad de hablar entre ellos ni mirarse, solo necesitaban la compañía del otro para sentirse a gusto en aquella galaxia que habían formado.

IV

Los sistemas binarios están compuestos por dos objetos que por su proximidad están unidos gravitacionalmente, lo mismo pasaba con Cedric y Phelan. Sin intención ninguna, sus miradas se encontraban. Cada vez pasaban más tiempo juntos compartiendo secretos que solo ellos sabían.

Dicen que Caronte ilumina el lado oscuro de Plutón, y la madre de Phelan notaba a su hijo más sonriente cada vez que le llamaba, como si esa oscuridad que siempre acompañaba a este

se hubiera difuminado. Incluso el chico que era tan tímido empezó a relacionarse y a integrarse gracias a la ayuda de Cedric.

Un día cualquiera, Phelan no podía dormir por un pensamiento que no abandonaba su cabeza.

«¿Y si me está empezando a gustar?».

«No puede estar sucediendo, es imposible».

En sus veintiún años de vida, Phelan nunca había tenido pareja y creía que no le había afectado mentalmente. Veía a sus amigos teniendo parejas, dando su primer beso... Y se alegraba por ellos, de verdad. Alguna que otra vez pensó en cómo sería eso de enamorarse, en si realmente existían esas mariposas que todo el mundo describía o si era una invención por los altos niveles de dopamina que este sentimiento generaba en el cuerpo humano. Y claro que le afectaba, sobre todo cuando apareció Cedric en su vida. Lo supo cuando lo vio por primera vez y no pudo sacar esa sonrisa que le caracterizaba de su cabeza. Lo supo cuando quería saber todo de él. Su color favorito, qué cosas odiaba, el lugar en el que se sentía en calma. También lo supo cuando se despertaron inseguridades en él que creía haber superado, pero en realidad estaban dormidas, esperando aparecer en el peor momento. Sentía rabia y frustración cada vez que quería acercarse a él y le invadía el miedo a no ser correspondido, así que se conformaba con los abrazos de despedida. Todo el rato pensaba en el tiempo en el que Cedric tardaría en cansarse de él por si le resultaba demasiado intenso. Se había imaginado muchas veces agarrando su mano, el tacto de ella —si sería suave o áspera por su trabajo en la tienda de restauración de muebles— entrelazando sus dedos y, de paso, sus almas.

Phelan daba por hecho que se parecía tanto a Plutón que creía que su corazón también estaba formado de nitrógeno o hielo de metano y congelado como el que se dibuja en el planeta enano.

Decidió que volvería a casa durante las vacaciones para despejar su mente, a lo mejor ver a su familia le ayudaba a aclarar su mente y a organizar sus ideas.

Por otro lado, estaba Cedric, que empezaba a creer que su amigo no era tan amigo como él creía. Le gustaba, claro que le gustaba. Lo sabía cuando el chico hablaba por horas de las cosas que le apasionaban y él le escuchaba atento por si se perdía cualquier detalle. Lo sabía cuando le daba abrazos de verdad, cuando le miraba de verdad, cuando lo único que encontraba en las palabras y actos del pelinegro eran reales. Cada noche que pasaba, luchaba con sus demonios internos sin saber si quería ganar o perder esa batalla.

Su mejor amiga le notaba algo ausente, como si hubiera viajado hasta Caronte en cohete para pedirle ayuda al propio satélite.

Mientras Phelan regresaba a su antigua casa, Cedric se sumergía en un mar de dudas con miedo a hundirse, las noches se convirtieron en pesadillas en las que su pasado amenazaba con destruir el presente. La ausencia de Phelan empezaba a ser notoria, cada momento que pasaba sin el chico de pelo oscuro servía para recordar todo lo que habían compartido. Su voz grave, esa risa tan peculiar que tenía, las bromas que se gastaban y solo entendían ellos, la paz que le transmitía. Phelan se abstraía en la familiaridad de su hogar, incluso en ese ambiente acogedor y cálido, los pensamientos y esas preguntas sin respuesta le consumían buscando pistas en cada recoveco de su mente y corazón.

Durante esas semanas sin la compañía del otro, reflexionaron sobre lo que sentían. Se preguntaban si era amor real, o si era una mera ilusión creada por lo que les decían las personas más cercanas a ellos o por la intimidad y cercanía compartida.

Cuando llegó el momento de regresar a casa y al trabajo después de las vacaciones para reunirse de nuevo, la tensión entre ellos dos era palpable, una sensación de que algo importante iba a ocurrir flotaba entre ellos, pero ninguno sabía cómo abordar el tema. Las palabras se

acumulaban en sus lenguas con las ganas de salir, aunque nada les daba ese empujón a soltarlas y por fin ser libres.

Fue una tarde en la que el sol empezaba a esconderse y el cielo tornaba a un color arrebolado que hacía más mágico el paisaje, la luz se filtraba por las ventanas iluminando el lugar de trabajo de Cedric, este lo tomó como una señal para dar el paso y armarse de valor y reunir el coraje suficiente como para enfrentarse a sus sentimientos de una vez por todas. Tomó la mano de Phelan, gesto que sorprendió al chico de pelo negro, lo alejó de las miradas curiosas de sus compañeros y le miró directamente a esos ojos tristes que se escondían detrás de unas gafas redondas.

—Necesito decirte algo a lo que no puedo parar de darle vueltas —dijo Cedric con una emoción contenida en su pecho.

El corazón de Phelan empezó a latir con fuerza, aunque se podía intuir lo que le quería decir su amigo, esperaba nervioso sus palabras. Cedric cogió aire y tragó saliva antes de continuar, sus ojos brillaban con determinación.

—No puedo parar de pensar en ti. Da igual cuanto lo intente, cuanto me aleje, acaban apareciendo todos los momentos que hemos compartido juntos, cada risa, cada mirada... Todo eso ha despertado algo en mí que no había sentido nunca.

Phelan escuchaba atentamente con el corazón palpitando cada vez más rápido ante lo que le acababa de confesar Cedric. Aunque los miedos querían invadir su mente, una sensación de alivio se abría paso para calmar al pelinegro.

—Yo... —comenzó Phelan con voz temblorosa. Sus manos no paraban de sudar—. Yo creo que siento lo mismo —acabó revelando.

Los dos sonrieron como si fueran niños con un juguete nuevo. En ese momento, no necesitaban más palabras. Se miraron el uno al otro con complicidad sintiendo el peso de lo

que estaba por venir y la responsabilidad que eso conllevaba. Sellaron la promesa con un beso que parecía contener una galaxia entera entre sus labios.

Y mientras el universo seguía girando y las estrellas seguían brillando en cada noche que compartían bailando al compás de cualquier canción que sonara en la radio, Cedric y Phelan insistían en iluminar hasta los rincones más ocultos de sus almas creando su propio sistema binario en el que orbitaban juntos. Porque el amor no es solo un sentimiento, sino un compromiso profundo de cuidar y proteger el corazón del otro.

V

Y al final del día, sé que a Plutón y Caronte no les importa lo que el resto opinen de ellos. Disfrutan su compañía. Mirándose todos los días. No necesitan gritarlo a los cuatro vientos, porque entre amapolas y estrellas, Plutón y Caronte se susurran un «te quiero» que solo ellos escuchan.